

POEMAS

MARIO LOURTAU LÓPEZ

LÍMITES

Desde una ciudad distante, inmune al tiempo
has venido a buscarme. Regresaste
por los pasos de luz y el cielo de las frutas,
caminando por esta nueva ciudad iluminada,
sobre la alfombra encendida en su claro barniz,
en sus redondas tardes.

De otro lado, bautizadas en mármol,
las montañas cantan su labio de invierno, y aguardan
su blando despertar de entre la nieve.

Has cruzado el círculo despacio, escrutando con tus ojos
la dulce dimensión del horizonte,
buscando mi presencia y el tacto secreto
que traigo mansamente entre mis manos.

La ciudad, que despierta, es un niño
al sol de la intemperie, un viejo
que no conoce milagros pero sabe
donde brotan las fuentes y donde surge
el duro temblor de los acantilados.

Han abierto temprano los postigos, clarea.
Algunos pájaros, violines de pluma, irrumpen
con su canto general, canto primero.

Tú avanzas breve, precisa, cierta
como el roce blanquecino de la brisa
en la palpitación de los almendros.

Hemos abierto las puertas sin desatar nudos.
Sonrías, te abrazo, y tu regreso
ya no es pura utopía sino certeza.

ANIMAL DOMÉSTICO

Los violines, la sal, la sed
del mundo, una música ahogada
en el silencio, el viento que ha secado
la paz del eucalipto, tus rosadas manos.

Reconforta de ti, aún, brevemente,
esa disposición con que miras y te rindes
a las cosas sencillas, al cobre huidizo
de todos los objetos cotidianos, al mismo
latido mineral de las venas, el peso en fuga
de un temblor sin sonido.

También surge en ti
el pulso violeta de la tarde, la uña que rasga
el tibio metal de los arroyos, su corriente,
y el tacto secreto de los amaneceres.

Mirando al norte, las aves rompen
la porcelana azul que ofrece el cielo,
su blanca miga, el lienzo que en las nubes
perfila tu retrato.

Parece inverosímil que ahora, tu cuerpo,
sea solo placer para mis ojos,
y que siga a tu lado, confiando,
como un animal doméstico que no exige promesas
más allá de las caricias, sabiendo,
que en verdad no eres tú, sino tu luz y tu verbo
quien alimenta en esperanza mis sentidos.

RÍO

Por los alrededores del silencio
sumiso en su filo y en su desembocadura,
asiendo a su cintura un rumor de bruma
y de luces que destiñen hacia el verde,
discurre entusiasta un riachuelo
de alada curvatura.

Todo él se diría
que porta un cauce duro de guijarros,
que el alto vuelo que alcanza entre las peñas
es un arco rasante al tocar el labio en sed
de los cañaverales, el fango encendido
como una ciénaga de luz o una patena.

Sin más extensión que su humedad latente
se deja ver, continua singladura, como la herida
última del chopo, y esconde su lengua
en la ribera, blanda sombra sin curva de ballesta,
abrevadero fiel de labios que circundan
la piel y el pergamino de la tierra.

Sereno,
como un niño de plata en la edad azul de los espejos,
en la tierna infancia de la carne aún joven e inexperta,
el riachuelo incrementa su ritmo entre las rocas,
vira, se ondula, se retuerce, y ágilmente,
en la eléctrica energía de su cintura, se dobla,
y angula su busto al trampolín de viento
hasta precipitar su chorro de cristal sobre el vacío

DIVAGACIONES

Nunca tuve prisa en publicar. Describir
las verdades del alma no es tarea sencilla; la bruma
se acumula lenta entre los folios, y las palabras
se vuelven de un áspero silencio.

Imagino la tarde, aquí, sentado
sobre un muro de roca al que la luz
otorga nuevos colores y reflejos
que nunca han de ser los mismos.

Ágilmente se acerca el sol con sus
pinceles y destiñe un verde azul
sobre las olas

Un niño me mira desde lejos y blande
su cometa hacia las nubes.

También el horizonte, círculo invidente,
se deja llevar hacia cumbres más altas,
más confusas, más densas,
donde el aire escasea
y la montaña
ofrece su semilla para una siembra fácil.

En el árbol de las ensoñaciones
los frutos son de carne y las cosechas
tiemblan dulces a través de una sed olvidada,
de un aroma a café que descifra los cuatro austeros.

Como sogas de arena, los cuerpos de mujer
escapan incoherentes de mis manos,
y mis ojos dibujan, como algodón de feria,
un catálogo de rostros en las nubes.

Ya no engaño a nadie, todo es lluvia.
Todo es humedad y búsqueda inocente
de mí mismo.

Divago en mi escritorio y me seduzco
con palabras que alientan mis sentidos.

La vela. La tintera. Los silencios...

La noche, que cierra y se consume,
yo no esconde secretos en la alcoba.